

Risas gélidas

Primero descubrimos que en los países del frío asesinaban a mansalva y ahora, que se mueren de la risa. Quizás no le mueva la pasión, pero la literatura nórdica, de la negra a la amarilla, parte de un punto de vista original y refrescante

Por Javier Martín

EL ENEMIGO MÁS poderoso de los finlandeses es la oscuridad, la apatía sin fin. La melancolía flota sobre el desgraciado pueblo y durante miles de años lo ha mantenido bajo su yugo con tal fuerza que el alma de este ha terminado por volverse tenebrosa y grave. Tal es el peso de la congoja, que muchos finlandeses ven la muerte como única salida a su angustia. Una mente taciturna es un enemigo aún más encarnizado y temible que la propia Unión Soviética". Ahí queda eso.

Aunque suene a un trágico *Epitafio para Finlandia*, no lo es; tampoco una versión finesa del desgarrador poema de Gí de Biedma ("... De todas las historias de la Historia / sin duda la más triste es la de España, / porque termina mal. Como si el hombre, / harto ya de luchar con sus demonios, / decidiese encargarles el gobierno / y la administración de su pobrez..."). Tan desconsolado párrafo inicial ni pertenece a un ensayo historicista ni al preámbulo de una novela negra que acabará en baño de sangre. Es, por el contrario, el comienzo de la tronchante novela *Delicioso suicidio en grupo*, del finlandés Arto Paasilinna.

De un tiempo a esta parte parece que todos los sobresaltos nos vienen del Norte. Si hasta hace poco fueron crímenes despiadados, desde esas mismas frías y solitarias tierras nos llega ahora el humor, en su variada gradación. Nos habíamos acostumbrado a las depres del inspector Kurt Wallander, movido magistralmente por el sueco Henning Mankell; luego llegó la trilogía de Stieg Larsson y más tarde una avalancha de suecas, que nada tenían que ver con las que perseguía Alfredo Landa por las playas de Torremolinos. La especialidad de las suecas Asa Larsson, Anna Jansson, Camilla Lackberg o Tove Alsterlund era/es la sangre, casi siempre alejada del sexo. La carne, y quizás sea esta una diferencia con la literatura negra latina, inspira poco a los nórdicos.

Que descubriéramos que en los países del Norte había violencia más allá del suicidio fue un choque para nuestro estereotipo; de repente no es que se matara, es que Suecia parecía, por virtud de los editores españoles, el país más peligroso de la tierra. Por muy buenos que fueran sus detectives, hasta el cuarto asesinato no daban con la tecla.

Hacerse el sueco, empezaba a tener connotaciones violentas, muy alejadas de la imagen fría, imperturbable, del —vamos— sosainas total, sin sangre en las venas. Y a los suecos siguieron crímenes finlandeses y, sobre todo, islandeses, gracias a Arnaldur Indridason y su magistral *La mujer de verde*, aunque en su solitario país ya había despuntado antes con *Las marismas*.

Pero hete aquí que ahora las mismas tierras heladas nos aportan el otro extremo de la literatura, el registro humorísti-

Jonasson no era tampoco el primer nórdico que nos hacía reír. Desde unos años antes las locuras de Arto Paasilinna nos iban cautivando con argumentos que, sobre el papel, no habrían superado la primera ojeada de ningún editor con dos dedos de frente. Paasilinna, que lo sepan, no es de fiar. Qué se puede esperar de un exguardabosques y expoeta.

Si Jonasson nos convencía de que el abuleteo trepaba por las yedras como si fuera Frank de la Jungla, el finlandés se arredra en llevar a buen puerto la amistad de un cura *tronoa* con un oso de lo más cuerdo o el viaje en autobús de una peña que busca el mejor lugar donde suicidarse, o el absurdo de *El molinero aullador*. Todos ellos, argumentos disparatados que

La sonrisa que se desprende de la lectura es de formato íntimo, individual e intransferible

Paasilinna los hace crecer, desarrollar y acabar con brillantez y originalidad.

Nos han llegado los nórdicos para sacudirnos el determinismo negativo que nos invade y levantarnos la moral por medio de la risa. De repente, parece que del Norte nos viene la imaginación, la fantasía y hasta el desparrame.

Si alguien creía que el humor en su más extensa gama de colores, de la sonrisa a la carcajada, era propiedad británica, craso error. Es cierto que ahí tenemos desde hace siglos la ironía sin par de P. G. Wodehouse, con sus personajes esnobes y sarcásticos, o de Evelyn Waugh en *Noticia bomba*; también las islas dan el humor hilarante de Tom Sharpe, sin olvidar a David Lodge desmontando el chiringuito del mundo académico, siempre adobado con picantesas escenas de profesores salidos. Pero, obviamente, ni el humor tiene un *copyright* británico ni todos los crímenes del mundo lo había resuelto el inspector Maigret.

No vamos a ser tan ingenuos de pensar que los nórdicos han empezado a reírse ahora, ni siquiera a matarse, mejor es reconocer que nuestros editores han puesto sus ojos más allá de la literatura anglosajona y francófona y, por supuesto, que el consumidor ha respondido positivamente a esta nueva oferta.

Humor nórdico

» **Las manos más hermosas de Delhi**
Mikael Bergstrand. Traducción de Mayte Giménez y Pontus Sánchez.
Alfaguara, 2013. 392 páginas. 18,50 euros (electrónico: 9,99).

» **Prisioneros en el paraíso**
Arto Paasilinna. Traducción de Dulce Fernández Anguita. Anagrama, 2012. 200 páginas. 16,90 euros.

» **El abuelo que salto por la ventana y se largó**
Jonas Jonasson. Sofía Pascual Pape. Salamandra, 2012. 416 páginas. 19 euros (electrónico: 9).

» **Naff. Súper**
Erland Loe. Traducción de Cristina Gómez Baggethun. Nórdica, 2013.
240 páginas. 18,95 euros.

» **Elling. Hermanos de sangre**
Ingvar Ambjørnsen. Traducción de Cristina Gómez Baggethun. Nórdica. 2013. 274 páginas. 19,50 euros.

¿Por qué? ¿Qué tienen los nórdicos que no tengan otros (a falta de futuros descubrimientos / atravesamientos de los editores)? Sin duda, son originales, sus argumentos son refrescantes y, al menos para el público español, atractivos. Los personajes se mueven y reaccionan por impulsos diferentes de los que estamos acostumbrados. Paasilinna lleva casi cuarenta años divirtiéndolo a sus paisanos; aunque en España apenas una década traduciéndose con regularidad. Aunque parezca mentira, la literatura absurda de este excedasitodo provoca las mismas sonrisas en Finlandia que en España, al menos si nos guiamos por su éxito comercial.

Dicen los cómicos que es más fácil hacer llorar al público que hacerle reír. Pues si en la escena resulta difícil arran-

car una sonrisa, conseguirlo con la sola escritura es arte de magia. Si la risa puede contagiarse entre el público del cine o del teatro, la sonrisa que se desprende de la lectura es de formato íntimo, individual e intransferible.

La risa o la sonrisa de la novela humorística no llega nunca de golpe, algo que sí ocurre en la escena o en las películas, incluso se pueden transgredir géneros en un instante apoyados en las imágenes, los gestos o simplemente la inflexión de la voz.

La literatura solo cuenta con el papel mellado de palabras. La intriga requiere de ambientación, que en la literatura entra por la escritura y en las otras artes por los ojos.

El maestro P. G. Wodehouse retuerce

